

Agricultura y migración en Jalisco¹

VÍCTOR MANUEL CASTILLO GIRÓN
GUY PONTIE *

Las palabras agricultura y migración están frecuentemente ligadas como si la actividad agrícola, atrasada o muy modernizada, tuviera por vocación, o al menos como destino, expulsar gente. De hecho, en el marco de una agricultura poco productiva –de subsistencia o de campesinos– muchas veces es necesario que algunos miembros de la familia tengan que buscar en otras actividades o en otros lugares una vida mejor para ellos y una ayuda indispensable para los familiares que, obstinadamente, permanecen en el campo. De la misma manera una agricultura muy mecanizada, generalmente considerada empresarial, no necesita mucha mano de obra,² de tal manera que el grado de éxito que alcanza una política de modernización del campo se refleja, a mediano o largo plazo, en la tasa de decrecimiento de la población activa empleada en este sector.³

El presente trabajo intenta mostrar que el estado de Jalisco se encuentra en el primer escenario, el de una migración impulsada, esencialmente por falta de productividad, a pesar de –o tal vez en razón de– la estrategia de desarrollo agrícola recientemente adoptada en México. Se hablará de las condiciones de

empleo y de los niveles de ingreso, descapitalización y diversificación imperantes en algunas localidades de las diferentes regiones de Jalisco, tomando en consideración que los impactos de las políticas agropecuarias instrumentadas, no obstante que son generalizadas, se manifiestan de manera diferencial en las regiones, los productos y los tipos de productores.

Lo anterior significa reconocer que entre los principios de política agraria establecidos por el gobierno y su cumplimiento a nivel de una localidad existen reinterpretaciones, adaptaciones e incluso transformaciones importantes introducidas tanto por los diferentes intermediarios como por los agricultores o ganaderos.

Para reconocer esta diferenciación se parte de información obtenida por medio de las entrevistas efectuadas en los últimos tres años a productores y funcionarios de la mayor parte de los municipios del estado, pero particularmente en trece localidades⁴ que presentan características disímiles entre sí y, en gran medida, son los polos extremos de la dicotomía empresarial y tradicional que caracteriza desde hace años a la agricultura mexicana.

Con relación al lado estadounidense, se aprovechará la información obtenida mediante 98 cuestionarios contestados en abril de 1995 por mexicanos que residen en California, así como de la obtenida en entrevistas a líderes comunitarios y eclesiásticos de aquella entidad;⁵ claro que los dos elementos –situación en Estados Unidos y situación de la agricultura mexicana–, distintos por necesidad de análisis, están íntimamente ligados en la toma de decisiones de los migrantes.

Primeros impactos de la política neoliberal en la agricultura: aceleración de la crisis

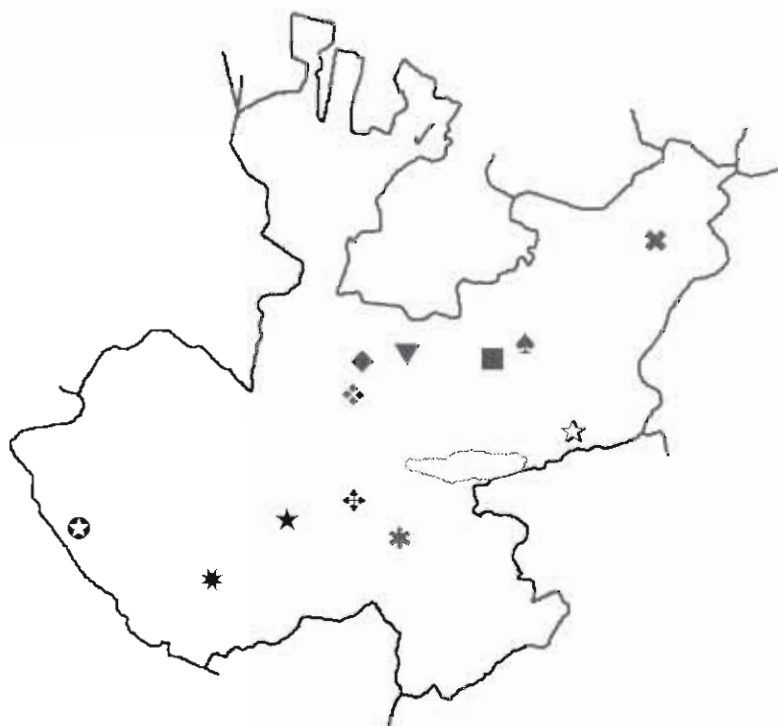
El que se mantenga la tendencia a la disminución de la población rural es un proceso que a estas alturas no se nota por el interés que el Estado ha puesto durante las últimas décadas en las actividades urbanas e industriales. Lo que resulta asombroso es el desgano con que el proyecto neoliberal ve al mundo campesino en lo particular, y al desarrollo rural en general, no obstante la insuficiente oferta de empleos en los centros urbanos y a pesar de las constantes manifestaciones de crisis en la producción agropecuaria y forestal.⁶

* Investigador del Instituto Francés de Investigación Científica y Técnica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM) de París.

Estado de Jalisco

Localidades encuestadas

- ✓ El Refugio
- ✕ La Cantera
- ▼ Copalita
- ◆ Amatitán
- ♣ Tequila
- ❖ La Vega
- Acatic
- ☆ San José de las Moras
- ❖ Atemajac de Brizuela
- ★ Colotitlán
- ⊕ Campo Acosta
- * Usmajac
- * Tecomates



La adopción de métodos neoliberales de modernización –concentración de tierra,⁷ mecanización, tecnología de punta, privatización de los servicios, liberalización de los precios– sin considerar el contexto socioeconómico local –y con subvenciones muy reducidas en comparación con las que otorgan a sus productores los campeones del liberalismo–, constituye una fuerte ruptura con el proteccionismo⁸ y un daño a la agricultura, que afecta no sólo a los campesinos minifundistas, sino también a pequeños y medianos productores, quienes enfrentan deudas cuyo monto muchas veces sobrepasa el valor de la misma finca de su propiedad.

Las estrategias adoptadas por los campesinos y agricultores menos favorecidos, y la manera en que utilizan sus excedentes los más pro-

ductivos, permiten observar que los productores actúan en función de la capacidad de sus recursos naturales, pero valoran la rentabilidad de su actividad, ligando intrínsecamente el destino de la producción con la capacidad o con las posibilidades de que la familia desarrolle múltiples actividades, incluyendo la migración.

Rentabilidad

Aunque la polarización entre productores empresariales –agricultura comercial– y campesinos –agricultura de subsistencia– es un esquema muy rígido para entender la diversidad existente en el campo, se puede agrupar a los productores en dos grandes grupos: productores de cultivos tradicionalmente aceptados como básicos y, por tanto, que dan beneficios exiguos a quienes pro-

ducen, y productores de cultivos comerciales: hortofrutícolas y agroindustriales.

Productores de básicos

En la muestra existen productores de maíz, sorgo, frijol, trigo y avena. No obstante, puesto que el 97 por ciento de los productores cultivan maíz, el análisis se centrará en éstos.

El maíz está presente en todas las localidades. El 70 por ciento de los entrevistados se dedica a este cultivo. Aunque este porcentaje no corresponde a la distribución de los productores en el estado, permite hacer algunas inferencias sobre las condiciones en que se desenvuelven los maiceros, y de ahí, por qué no, los productores de básicos en general.

Sin olvidar las diferencias por localidades en lo que a rendimientos

y costos de producción se refiere, más del 60 por ciento de los productores de maíz no alcanzan a recuperar con los beneficios su inversión. Esta situación se presenta con mayor severidad en localidades que tienen condiciones naturales de potencial restringido, en las cuales más del 90 por ciento de los campesinos tienen pérdidas, que en más del 10 por ciento son totales.

Algunos logran obtener utilidades, pero éstas son exiguas por la superficie en explotación y el costo de producción. En 1994 las utilidades mensuales promedio por unidad de producción de alrededor de cinco hectáreas cosechadas apenas representan el equivalente a un salario mínimo mensual.⁹ Destaca que aun regiones –como Acatic– consideradas por el gobierno del estado como zonas con buen potencial natural para obtener más de cinco toneladas de maíz por hectárea, los beneficios económicos de esta actividad dejan mucho que desear en términos del monto anual pues cada productor obtiene el equivalente a tres salarios mínimos mensuales.

Ciertamente estos datos de 1994 no pueden transferirse directamente a las condiciones de 1995, pero seguramente la situación de los maiceros no dista mucha de la situación del año previo. Si bien el precio de la tonelada de maíz se ha incrementado en aproximadamente 115 por ciento, el costo de los insumos se incrementó entre 70 y 90 por ciento. Además, a finales del ciclo productivo primavera-verano 1995, los apoyos de Procampo aún no habían llegado a muchos productores, y quienes ya los habían recibido fue en época de cosecha o posterior a ésta, y en todos los casos con un monto nota-

blemente menor pues a éste hubo que descontar el pago de intereses a quienes les entregaron fertilizante al momento de la siembra.¹⁰

Tales datos seguramente fortalecerían el debate entre quienes abogan por la descampesinización del agro mexicano, puesto que “constituyen un reducto social destinado a desaparecer” y que intenta sobrevivir mediante el cultivo de maíz y otros básicos a pesar de su irracionalidad en términos económicos. Si a ello se agrega que aun con los apoyos recibidos en 1994 a través de Procampo, PACE o Solidaridad apenas 50 por ciento de ellos son capaces de recuperar los costos, la visión radical se agiganta.

No obstante, considerar este grupo solamente sobre bases monetarias da como resultado un panorama ajeno a su desarrollo y devenir. Ciertamente los campesinos dan prioridad a la satisfacción de sus necesidades de consumo familiar pero ello, además de ser razonable, no es lo único que los induce a practicar la agricultura. Valorán además los requerimientos de su actividad agrícola o pecuaria, es decir de consumo productivo; la posibilidad de llegar a ser personas respetables y respetadas al interior de la comunidad más por el valor “social” de su trabajo que por lo que cueste su cosecha, y, por supuesto, la oportunidad de obtener un beneficio por la existencia o ausencia de un comprador o consumidor potencial.

Los “maiceros” del México profundo: la lógica económica del “tradicionalismo”

Si a la escasez de recursos naturales se agrega el relativo aislamiento res-

pecto de centros comerciales, aunque sea pequeños, estaremos hablando de comunidades de un “México profundo”, en los que se dan las relaciones más íntimas entre la siembra, el consumo familiar y la siembra productiva.¹¹ El maíz se vuelve la mejor opción para satisfacer las necesidades anuales de tortilla, atole, tamales, gorditas de horno o pinole. En estos lugares, aun con buenas tierras y agua para irrigarlas, lo que las hace propicias para cultivos como el jitomate, la sandía o el chile, la diversidad de cultivos no es notable; el maíz se cultiva en temporal y en tierras de riego.

Cierto que para explicar esta situación se puede invocar a la tradición sociocultural que da un papel importante al maíz en la alimentación y una alta valoración social a sus productores, pero tampoco está ausente la racionalidad económica. El maíz se adapta a las irregularidades del clima y a la falta de fertilizantes, herbicidas e insumos químicos que hay que comprar en centros urbanos distantes. Y puede ser cultivado por las personas mayores que no se suman a la migración o, en el peor de los casos, es una actividad que disfraza la presencia de quienes cultivan estupefacientes. Por lo demás, es fácil obtener la continuidad del cultivo de maíz con semilla obtenida en el mismo predio, y es un grano excelente para alimentar las aves de corral y los cerdos de la unidad familiar.

Por supuesto que en esas comunidades aisladas, como en otras mejor comunicadas pero con recursos naturales limitados, las decisiones en torno a la agricultura de temporal o de cultivos básicos son asociadas a la ganadería extensiva de bovinos.

Los campesinos tradicionales del traspatio del México moderno

Es de hacer notar que 39 por ciento de los productores entrevistados cultivan principalmente maíz y no tienen ganadería, mientras que los que tienen ganado y no cultivan maíz como producto principal son apenas un 23 por ciento. De estos últimos, 38 por ciento siembran avena o cebada, o han establecido pastos en sus terrenos. El resto son productores de Campo Acosta, Tecomates, Amatitán y Usmajac, lugares donde cada ganadero dispone de más de 15 hectáreas de terrenos de agostadero con abundantes pastos naturales o inducidos, principalmente en los dos primeros lugares o donde los ganaderos tienen cultivos tales como la alfalfa –es el caso de Usmajac– y la punta de caña de azúcar –en Tecomates– para complementar la dieta de sus animales. Por supuesto, tanto estos ganaderos como aquellos que tienen al maíz como actividad agrícola principal disponen de sus terrenos de siembra para complementar la alimentación de su hato, sobre todo en la época de estiaje.

En Copalita, por ejemplo, aun cuando algunos productores de maíz siembran 20 kilogramos por hectárea, la gran mayoría, a fin de “tener más pastura”, utilizan 30 kilogramos por hectárea. En Colotitlán, por su lado, más del 90 por ciento de los productores no pizcan para obtener el grano de maíz,¹² sino que cortan y muelen toda la planta a fin de obtener forraje para el estío.

Se puede considerar que la reducción del área cultivada con maíz no ha sido más drástica porque se depende de éste como forraje y por-

que los ejidatarios no están seguros de que funcionen los pastizales establecidos recientemente en lugares vecinos.¹³ Así, los rastrojos del maíz constituyen un elemento fundamental para la integración de la agricultura con la ganadería bovina en comunidades como éstas, pues se han convertido en el más importante –y casi único– suplemento alimenticio para los animales en la época de secas.

De esta manera, el maíz y el ganado bovino constituyen una asociación que permite obtener grano y leche, o bien recursos económicos tras la venta del maíz en grano o en rastrojo cuando el temporal es bueno, y por ende también la cosecha, o a través de la venta de toretes o vacas de desecho si surge un imprevisto.¹⁴

Vale destacar que esta relación de interdependencia entre ganadería y básicos, principalmente maíz, también se presenta en Los Altos. En esta región, no obstante que los ganaderos utilizan alimentos concentrados, la superficie de tierra cultivada con maíz, y por tanto el volumen de rastrojo que se obtiene, influye en el número de cabezas de ganado que posee la unidad familiar. La diferencia respecto de otras regiones estriba en la combinación del rastrojo con alimento “lechero” que hacen la mayoría o casi todos los ganaderos, pues éste incrementa el valor nutritivo de la dieta del ganado en comparación con aquella que sólo emplea el rastrojo de maíz. Pero este solo hecho no significa que sus productores son más eficientes que los de otras zonas, y mucho menos es válido aceptar que es una región más dinámica por ser más los pequeños propietarios que los ejidatarios

y comuneros. Se entiende que utilizar solamente el alimento “lechero” que venden las forrajeras incrementaría notablemente los costos de producción y difícilmente se recuperaría lo que se invierte en el animal.¹⁵

Los productores de Los Altos, al igual que los de otras partes de Jalisco, responden antes que nada a una lógica de valorización del entorno de la unidad de producción. En la medida en que el precio de la leche les es ajeno, ajustan los costos de producción a sus posibilidades de cosecha de rastrojo de maíz. La presencia de empresas de lácteos en la región que funcionan como canales de comercialización pesa demasiado en la especialización y en el comportamiento de los productores como ganaderos.

No es aventurado apuntar que aun los campesinos, para actuar y definir el uso de sus recursos, piensan en la presencia o ausencia de compradores potenciales. Su análisis del contexto es, entonces, igual o quizá más complejo que el que hacen los productores de zonas con buen potencial que se especializan en la producción de cultivos comerciales y para exportación.

Los productores hortofrutícolas y de cultivos industriales: sumisión a la comercialización

Puesto que algunos agricultores “emprendedores” entrevistados consideran que ellos –y en general quienes actualmente se dedican al campo– trabajan más por vocación que por negocio, es de suponer que en circunstancias desfavorables los productores de zonas cañeras, agaveras, sandilleras o de ganadería lechera

—como Los Altos— son tan ineptos como los de zonas temporeras y marginales. Por ejemplo, los datos indican que apenas 40 por ciento de los productores de sandía recuperan su inversión y obtienen ganancias mensuales de entre tres y diez salarios mínimos mensuales.

Si se considera que este cultivo tradicionalmente es aceptado como uno de los sectores agrícolas más dinámicos y es el que ofrece mayores oportunidades, es posible tener una visión global de los hortofruticultores: se trata de un sector competitivo, en comparación con otro que produce en función de las expectativas que cada año se crean en torno a su mercado.

El de la sandía es un cultivo que requiere fuertes inversiones¹⁶ y está sumamente ligado a las condiciones del mercado; por ello es poca la superficie que la mayoría de los cultivadores le dedican. Podría decirse que la asociación caña/sandía en Tecomates aprovecha las bondades naturales del suelo, pero sobre todo la seguridad económica y de servicios de salud permanentes que da el cultivo de la caña, en tanto se especula y juega con el comportamiento y los precios de la sandía.

Si las expectativas en el contexto internacional —principalmente en Estados Unidos— son favorables, la superficie donde no se cultive caña se plantará de sandía. Si no son buenas, sólo aquellos con más capital, mejor tecnología, y sobre todo que tienen compradores “fijos”, la cultivarán; el resto sembrará maíz para elote o frijol. Es de destacar que los productores de cultivos comerciales determinan su actuación en función de sus capacidades productivas, pero sobre todo por el tipo de mercado existente.

De hecho, las expectativas del mercado es una variable que atañe no sólo a los productores de cultivos comerciales, sino también a los marginales. La presencia o ausencia de éstas se valora junto con las necesidades de autoconsumo familiar, productivo, estatutario, etcétera, y se convierte en un elemento de diferenciación o de uniformidad incluso más importante que el de la tenencia de la tierra.

Así, los pequeños propietarios de Tequililla apenas producen para la subsistencia familiar, y los ejidatarios de La Cantera no se diferencian del resto de productores parvifundistas de la región de Los Altos. Por lo demás, los campesinos de El Refugio, quienes desde la época colonial disponen de derechos privados sobre sus terrenos y el agua de un manantial que irriga las tierras de la mayor parte de los productores, tienen rendimientos marginales de maíz. Sus terrenos no son excelentes y las parcelas son pequeñas, pero aceptan que la ausencia de canales de comercialización para los productos agropecuarios y su reciente e incipiente infraestructura de comunicación han sido determinantes para abandonar una serie de cultivos hortofrutícolas, que producían desde antaño.

En Tecomates, La Vega y Tala, por ejemplo, dadas sus condiciones climáticas, la calidad de sus suelos y la disponibilidad de agua de riego, es factible desarrollar un sinnúmero de cultivos. Sin embargo, puesto que el cultivo de hortalizas implica hacer inversiones cuantiosas y la existencia de buenos mercados, así como la dificultad que representa la conservación de los productos cuando llegan a su fase de maduración, un

buen número de productores temen perder su inversión y prefieren cultivos más seguros, como la caña de azúcar.

Este cultivo, si bien genera menos ganancias que la hortofruticultura, no requiere un gran esfuerzo humano y financiero pues el ingenio azucarero hace todo y financia el proceso de producción incluyendo la asignación de “cuadrillas” de trabajadores para las labores agrícolas. Además, aunque los productores no siembran más de una hectárea, obtienen seguro médico y una pensión mensual cuando llegan a la edad de los sesenta años o quedan físicamente incapacitados para el trabajo.

¿Inmovilismo o minimización del riesgo?

A pesar de la variedad de respuestas de los diferentes grupos de productores frente a los numerosos apremios, se puede identificar una constante: el cuidado, sobre todo en tiempos de crisis, de minimizar el riesgo, ligado al clima, a la comercialización o al precio de los insumos. Esta actitud no debe ser considerada como inmovilismo, que sería una característica de los agricultores, sino como parte de una lógica económica innegable.

Desde la perspectiva de esa lógica pueden apreciarse, por ejemplo, las diferencias entre la especialización cañera de la región de Tala y la diversidad de cultivos que se siembran junto con la caña en la zona de Tecomates.

En la primera se insiste en la producción de caña, ante la posibilidad de efectuar una sustitución de cultivos, porque prevalece la lógica de minimización del riesgo y se evita

la responsabilización necesaria en zonas de monocultivo de maíz. La diversidad de cultivos en Tecomates parece responder a la misma lógica.

Por el contrario, el cambio del cultivo de granos básicos por las plantaciones de agave en las zonas tradicionalmente productoras de la región de Tequila y de Los Altos parece corresponder al mismo esquema de expectativas de corto plazo. Dependiendo del comportamiento actual del mercado, la superficie sembrada puede incrementarse bajo un sistema "dominó", donde todos quieren hacer lo mismo pero corren el riesgo de que siete años más tarde se presente una producción por encima de la demanda que haga caer los precios y desestime este cultivo. En este contexto debe entenderse la crisis actual de los agaveros de Jalisco.

En tales condiciones, quizá sea mejor reconocer que antes que irracionalidad en el campo, ha existido perseverancia en los campesinos. El que la modernización que el neoliberalismo ha querido imponer

al campo haya tenido notables efectos negativos en los productores agrícolas más dinámicos no significa que quienes se dedican a cultivos de subsistencia o tradicionales no tengan problemas. Todos enfrentan la misma situación. Al igual que los agricultores empresariales, los campesinos tratan de optimizar sus recursos desde una lógica que visualiza y combina condiciones técnicas, económicas, agronómicas, culturales y financieras; su mera existencia y persistencia es prueba fehaciente de ello.

Los caminos seguidos: la pluriactividad y la migración

Hasta aquí el análisis ha tenido un sentido pesimista. No obstante, saber que los productores de sandía son cada vez menos; oír que en 1995 la superficie cultivada de maíz en zonas de potencial natural marginal disminuyó notablemente,¹⁷ al igual que en las zonas de buen potencial, donde "apenas se sembró un 70 por ciento" respecto de 1994, y escuchar la problemática de los agaveros de

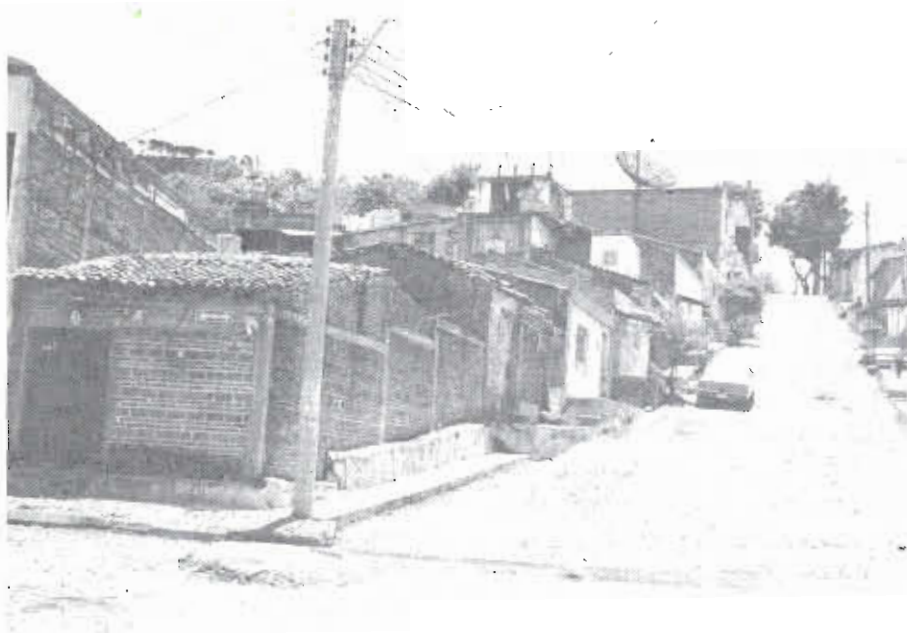
la zona de Tequila por el bajo precio que los tequileros pagan por su producto aprovechando la sobreproducción,¹⁸ permiten confiar en la validez del escenario resultante de las encuestas y entrevistas realizadas durante los últimos tres años: los productores agropecuarios de Jalisco han padecido un deterioro sistemático en su economía y una disminución en su tasa de rentabilidad.

Pluriactividad: ¿la solución en el futuro?

El ingreso de la familia proviene de la agricultura, de la ganadería, del trabajo asalariado del productor y de la aportación de varios de sus miembros. No obstante, los ingresos ajenos a la agricultura cada vez se incrementan más, subsidian a la unidad de producción y han sido la base de continuidad de esta actividad y de que la descapitalización de las unidades productivas no sea más violenta.

Apenas el 30 por ciento de las unidades de producción encuestadas desarrollan sólo actividades agropecuarias.¹⁹ Destaca que alrededor de 70 por ciento de los jefes de explotación de estas unidades son mayores de cuarenta años, y los más rebasan los sesenta. Esto supone un apego a la actividad agropecuaria y a la incapacidad física y manual para desarrollar trabajos alternativos.

De los que además de las agropecuarias realizan otras actividades como empleo, un 10 por ciento consideran a la agricultura como una actividad relativamente insignificante. El resto, si bien desarrollan actividades ajenas a la agricultura, no puede presumirse que éstas sean suficientemente decorosas y perma-



nentes. Los empleos van desde la albañilería, las labores en granjas avícolas, cosecha y molienda del rastrojo de maíz, hasta actividades artesanales como la elaboración de cajeta, queso y cintos. Estas podrían representar para ellos considerables ingresos, pero están reguladas por agentes externos, por lo que las ganancias disminuyen y no mantienen relación con el esfuerzo, e incluso los riesgos para la salud, de quienes las efectúan, y que en gran proporción son mujeres, e incluso niños.²⁰

Migración a Estados Unidos: una vieja historia siempre actual

Particular relevancia reviste el hecho de que 43 por ciento de las familias encuestadas tienen miembros en Estados Unidos. En la mitad de estas familias los miembros que se quedan en el lugar de origen no desarrollan ninguna actividad ajena a las agropecuarias. Emigrar ha sido un fenómeno presente en la población rural desde hace varias décadas pero, si consideramos el número de personas que se incorporaron por primera vez al flujo migratorio, se puede concluir que éste creció en los últimos años.

Incluso si se considera que entre 1987 y 1988 la ley Simpson - Rodino fue un factor que permitió el incremento de dicho flujo porque abrió la posibilidad de obtener documentos migratorios a muchos migrantes que permanecían ilegalmente en Estados Unidos, se puede afirmar que después de 1989 el volumen de migrantes se elevó constantemente año tras año, excepto en 1992.

En este último año el número de personas que fueron a trabajar a Estados Unidos disminuyó en alrededor del 40 por ciento respecto de

los demás años del periodo 1988-1994. Sin descartar la influencia que en dicha disminución tuvieron la alta tasa de desempleo de ese año en California (Papail y Arroyo, 1995: 314), y la campaña por la presidencia de aquel país, con su correspondiente carga de xenofobia, otro factor causal fueron las reformas al artículo 27 de la Constitución, promulgadas en enero de 1992.

La incertidumbre creada en torno a la elaboración de los reglamentos internos de los ejidos, a la medición y deslinde de parcelas e incluso a la pérdida de derechos ejidales no sólo hizo regresar al país a un buen número de personas que se encontraban en el vecino, sino que también forzó a los jóvenes que tenían previsto migrar a posponer su viaje ante la necesidad de estar atentos al proceso, en ausencia de los familiares propietarios de tierras y derechos ejidales.

Otro elemento destacable es que el volumen de mujeres que se incorporaron a la migración a Estados Unidos -53 por ciento del total- superó al de varones que hicieron lo mismo entre 1989 y 1994. Uno y otro sexos han incrementado su nivel educativo, pero no deja de ser sugerente que entre las mujeres migrantes empiezan a aparecer con estudios de nivel licenciatura. Quizá la contracción del mercado de trabajo para egresados de carreras tradicionalmente femeninas y la mayor incorporación de mujeres a las actividades económicas para sobrellevar la crisis sean los factores que, junto con la feminización de la red migratoria en los últimos años, explican este hecho.

Por lo demás, no es ninguna novedad que en Estados Unidos los

migrantes mexicanos, en general, desempeñan actividades poco remuneradas respecto a las que realizan los ciudadanos norteamericanos. Buscando más las tendencias que la representatividad, los datos de las entrevistas aplicadas en aquel país arrojan que arriba del 80 por ciento apenas ganan el salario mínimo, mientras que el resto obtiene 83 dólares diarios en promedio.

A pesar de que el costo de la vida en aquel país se ha incrementado y de que las oportunidades de empleo se han reducido al extremo de que la gente llegada al país vecino, sobre todo a las ciudades de California, tiene problemas para encontrar empleo permanente y toma trabajos periódicos y eventuales, casi un 50 por ciento de los migrantes con residencia envían anualmente mil dólares en promedio, con un rango de 500 a 3 mil dólares por persona.

Así, considerando que las familias con migrantes en Estados Unidos tienen en promedio tres miembros en aquel país, cada una recibe anualmente remesas promedio de 1 500 dólares, que a precios de 1994 representan alrededor de 14 salarios mínimos mensuales, cantidad similar al 40 por ciento de las ganancias anuales de los productores maiceros de zonas con excelente potencial natural. Por supuesto, esos montos representan también una cantidad superior o muy cercana al promedio anual que las familias de El Refugio y de La Cantera manifestaron haber gastado en 1994.

Conclusiones

Las relaciones entre el nivel de rentabilidad de la agricultura y la importancia de las migraciones son inne-

gables; sin embargo, éstas son menos rígidas de lo que pueden aparecer en este breve análisis.

Propiciadas al principio por las condiciones económicas difíciles que han vivido las sociedades campesinas, las migraciones pueden, con el tiempo, desconectarse de las condiciones que las han originado y adquirir una dinámica propia determinada por la historia local, la intensidad de las redes sociales entre Estados Unidos y México y los cambios culturales. De hecho, los resultados de las entrevistas muestran que en referencia a la sola lógica de maximización de la producción agrícola, algunas unidades de producción expulsan demasiados migrantes y deben adaptarse a la escasez de mano de obra, mientras que otras sostienen numerosos adultos —mujeres sobre todo— inactivos o subempleados. Así, una misma situación puede ser evaluada de manera diferente según las sociedades, los grupos sociales, su cultura y su nivel económico. Por ejemplo, el salario mínimo, considerado insuficiente por asalariados agrícolas jaliscienses, que prefieren migrar a Estados Unidos, puede ser considerado suficiente por trabajadores agrícolas originarios de estados más pobres —como Guerrero— quienes se trasladan a trabajar a Jalisco en cultivos de jitomate, caña y melón.

Por lo anterior, aún se puede hablar de estrategias migratorias diversificadas, de algunos espacios de libertad y, con el tiempo, de fortalecimiento de redes sociales en los lugares de destino que permiten amortiguar los traumas de la migración.

Hay que esperar que la política agrícola actual no acelere demasiado

el proceso de descampesinización, multiplicando el número de errantes forzados a buscar un hipotético trabajo que las empresas mexicanas o estadounidenses serían incapaces de ofrecer. En este caso, desafortunadamente, se podría hablar sólo de movimientos migratorios estrictamente sometidos al determinismo económico.

Notas

¹ Este trabajo forma parte de un proyecto más amplio que se desarrolla en el Instituto de Estudios Económicos y Regionales (Ineser) de la Universidad de Guadalajara en colaboración con el Instituto Francés de Investigación Científica y Técnica para el Desarrollo en Cooperación (ORSTOM) y con apoyo financiero de Conacyt. Los autores agradecen la eficaz colaboración de María Guadalupe Cueva de Anda en su elaboración.

² Se debe recordar, por ejemplo, que un productor estadounidense producía en promedio, en 1985, 95 toneladas de cereales; el productor europeo, 12 toneladas, y el de la URSS, 7.2 toneladas (Gavaldón y Esquivel, 1990: 1205).

³ La fuerte disminución que ha tenido la CEE después de su creación en los años sesenta fue considerada como un triunfo. Ahora, la sobreproducción, tan difícil de manejar económicamente como la carencia, y los excesos de urbanización, permiten pensar que mantener en el campo una población más importante dedicándose a una agricultura o ganadería más extensiva, sería sin duda un progreso.

⁴ Acatic, Amatitán, Atemajac de Brizuela, Campo Acosta, municipio de Tomatlán; Colotitlán, municipio de Tenamaxtlán; Copalita, municipio de Zapopan; El Refugio, municipio de Colotlán; La Cantero, municipio de Lagos de Moreno; La Vega, municipio de Teuchitlán; San José de las Moras, municipio de La Barca; Te-

comates, municipio de Casimiro Castillo; Tequililla, municipio de Acatic, y Usmajac, municipio de Sayula. Se aplicaron 389 cuestionarios cuya información se utilizó para el análisis.

⁵ Estos cuestionarios, recuperados por medio de algunas personas que tienen influencia sobre otros paisanos y conocidos, tenían preguntas sobre el proceso de integración de los mexicanos a la economía estadounidense y sobre sus aportaciones a sus localidades de origen mediante el envío de remesas o en la alimentación de las redes sociales y comunitarias para apoyo de nuevos migrantes.

⁶ La política agrícola pareció empeñada en ir más lejos de lo que algunas denuncias señalaban en torno a que negociaciones secretas previas a la firma del tratado de libre comercio buscarían “la desaparición de 60 por ciento de los agricultores”. Al contrario de lo que ha pasado en Europa, por ejemplo, en donde la modernización de la agricultura y el éxodo rural consecuentes coincidieron con fuertes necesidades de mano de obra porque su industria estaba en pleno desarrollo, la capacidad de las empresas mexicanas sería demasiado limitada para emplear un éxodo rural tan fuerte.

⁷ Lo cual no siempre significa grandes unidades de producción. En este marco, se debe recordar que las superficies agrícolas promedio en Europa son de 13 hectáreas; y que Bélgica y Holanda, por ejemplo, con los mejores ingresos por productor en la CEE, tienen en promedio 17 hectáreas (Descheemaekere, 1994: 32). Ver también de Carton de Grammont (1992: 129), que habla del “éxito de la agricultura de exportación tailandesa, basada en la integración vertical de la pequeña producción agrícola familiar con las agroindustrias”.

⁸ Para información más detallada, véase Castillo y Pontié (1994).

⁹ Una evaluación precisa de la rentabilidad necesitaría tomar en cuenta el tiempo de trabajo y el papel de este cultivo en el sistema de producción en las diferentes categorías de uni-

dades de producción. Sin embargo, es una indicación que permite darse cuenta de la situación.

¹⁰ El apoyo de Procampo para el ciclo primavera-verano 1995 fue de 440 nuevos pesos por hectárea. En los meses de junio y julio de 1995 hubo oportunidad de asistir a algunas reuniones convocadas por la SARH y la SEDER para explicar a los productores de básicos las condiciones en que se otorgaría este subsidio, y fue posible percatarse de que algunas organizaciones productivas y distribuidores particulares ofrecían esta posibilidad de distribución de fertilizante, e incluso de semilla y otros insumos, "a cuenta" de apoyos de Procampo, quizá porque suponían que éstos no serían entregados tan tardíamente y porque ello les garantizaba poder colocar sus productos ante las reticencias de los productores por cultivar dada la incertidumbre de los precios, principalmente del maíz, y en todo caso ante la escasez de dinero por la crisis nacional de este año.

¹¹ No es fácil decir el número de localidades con tales características. Seguramente no son muchas, pero hemos estado en más de una de ellas.

¹² El 10 por ciento que pizca el grano y no "tumba de abajo" se relaciona fuertemente con los "coamileros", que no tienen ganado ni necesidad de forraje, y cuyos terrenos dificultan el acceso del molino.

¹³ En esto se encontró una explicación al porqué muy pocos han establecido pastos en sus terrenos de cultivo y de agostadero no obstante haber un número considerable de ganaderos que manifiestan cierta inclinación. A ello debe sumarse también la fuerte inversión inicial y que en todo caso tendrían que vender una parte del ganado o comprar grandes cantidades de forraje para cubrir los déficit que se presentarían en tanto se pudieran utilizar los terrenos donde se induzcan pastos.

¹⁴ Sabiendo que el diagnóstico del Fideicomiso de Riesgo Compartido (Firco) señalaba que en Jalisco existen 600 mil hectáreas de buen y muy

buen potencial para la producción de maíz, de las cuales la mitad están ocupadas por otros cultivos y del resto apenas se cubrieron 226 615 hectáreas con el Programa de Alta Productividad de Maíz entre 1989 y 1994, es de considerarse que de las 700 mil hectáreas que anualmente se siembran en el estado con este cultivo el 70 por ciento no se encuentran muy lejos de tal condición.

¹⁵ Dado que no se tienen muchos terrenos para agostadero y toda vez que el ganado para leche no resiste pastar libremente en terrenos un tanto accidentados, la alimentación en corrales a base de una dieta diaria por animal de tres kilogramos de rastrojo de maíz sin grano, cinco kilogramos de lechera y dos kilogramos de grano molido constituye una combinación "económica" pero no suficientemente equilibrada.

¹⁶ En 1994, los costos por hectárea hasta el momento de la cosecha oscilaban entre 3 600 y 12 000 nuevos pesos.

¹⁷ Esta disminución es grave por la escasez de grano; no obstante, algo que tiende a olvidarse y que puede resultar sumamente crítico en esas condiciones es la disminución de forraje a base de rastrojos de maíz que puede presentarse en la época de estiaje de 1996, dado que se combina la disminución de la siembra de esta

gramínea en 1995 con la abundancia de este forraje al iniciar la siembra en el ciclo primavera-verano 1995, precisamente por la sobreproducción de 1994 generada a raíz de los estímulos ofrecidos por Procampo en aquel año y que, por la forma en que se dieron los apoyos, influyó para que muchos productores sembraran una mayor superficie pensando más en la obtención de rastrojo que de grano.

¹⁸ A esta lista de datos pueden sumarse las declaraciones que apuntan que en 1995 la cosecha máxima de maíz en México fue de 10 millones de 600 mil toneladas y que, por tanto, en enero de 1996 se tendrán que importar seis millones de toneladas para cubrir la demanda interna mínima (*El Informador*, diciembre 20 de 1995); asimismo, es relevante conocer que México ocupa el primer lugar y adquiere el 46 por ciento del total de las importaciones mundiales de leche (*Siglo 21*, diciembre 27 de 1995). Por lo demás, "la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Desarrollo Rural, junto con el Consejo Nacional Agropecuario y algunas instituciones universitarias", informan que en 1995 la producción agrícola nacional se desplomó más de 34 por ciento, la producción pecuaria 81 por ciento y la producción forestal 67 por ciento (*El Informador*, diciembre 29 de 1995).





¹⁹ Como comparación, en Europa sólo 27 por ciento de los trabajadores laboran tiempo completo y 57 por ciento trabajan menos de medio tiempo (Insee, 1993: 132).

²⁰ En Coiotitlán, por ejemplo, hay personas que llegan a trabajar durante diez horas continuas por día, no obstante reconocer que eso afecta su vista, su espalda y su salud en general.

Bibliografía

Aragón C., Ana María, "Migración de trabajadores en el TLC", en *Ciudades*, núm. 15, México, 1992, pp. 15-19.

Banamex, *Examen de la situación económica de México*, México, 1992

Barrón, Antonieta, "Generación de empleos y autosuficiencia alimentaria para productores de bajos ingresos", en Javier Orozco y Cuauhtémoc González (coords.), *Modernización económica y reconversión agrícola en México*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1992, pp. 121-132

Bellón, Mauricio, "Manejo sustentable y equidad: una relación compleja", *Federalismo y Desarrollo*, núm. 46, México, 1994, pp. 26-28

Calderón Chelius, Leticia, "TLC y migración femenina", en *El Cotidiano*, núm. 60, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, enero-febrero de 1994, pp. 52-55.

Carton de Grammont, H., "Los actores sociales en el campo mexicano frente al TLC", en Alejandro Encinas, Juan

de la Fuente y Horacio Mackinlay (coords.), *La disputa por los mercados, TLC y sector agropecuario*, Diana, México, 1992, pp. 127-137.

Castillo F., Didímo, "¿Fin de las fronteras? La migración indocumentada de México hacia Estados Unidos", en *Problemas del desarrollo*, núm. 93, México, 1993, pp. 95-120

Castillo Girón, V.M., "La ley Simpson-Rodino y la política mexicana de liberalización económica en la retención de migrantes hacia Estados Unidos desde zonas rurales de Jalisco", en Jesús Arroyo y David Lorey (comps.), *Impactos regionales de la apertura comercial*, Universidad de Guadalajara/UCLA Program on México, Guadalajara, 1993

Castillo Girón, V.M. y Pontie, G., *La agricultura en Jalisco ante la política reciente*, Ineser, Universidad de Guadalajara, mimeo.

De la Peña, Sergio y Marcel Morales, *Las transformaciones capitalistas en la agricultura: el caso del maíz en Morelos*, mimeo.

Descheemaekere F., *La PAC. Avenir du monde rural et mondialisation des échanges agricoles*, Les éditions d'Organisation, París, 1993.

García Quiñones, Rolando, "Un tipo singular de la migración de retorno: el caso de los mexicanos indocumentados devueltos", en *Papeles de Población*, núm. 1, Universidad Autónoma del Estado de México, enero-febrero de 1994, pp. 21-34.

Gavaldón Enciso, H. y J. Cecenas, "La política agrícola de Estados Unidos", *Comercio Exterior*, vol. 12, 1990, pp. 1204-1215.

Hansen, John K., "La posición de los productores de maíz de Estados Unidos ante el tratado de libre comercio", en *El maíz en la década de los 90*, Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos, Delegación Jalisco, Zapopan, 1993, pp. 77-81

Insee, *Les agriculteurs Portrait social*, París, 1993

León Corrales, Miguel A., "Cambios legislativos y cuestión ambiental", *El Cotidiano*, núm. 60, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, enero-febrero de 1994, pp. 56-59

Massieu Trigo, Yolanda, "En la encrucijada de la competitividad productividad del trabajo e innovación tecnológica en el agro", en *El Cotidiano*, núm. 64, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, septiembre-octubre de 1994, pp. 92-98.

Papail, Jean y Jesús Arroyo, "Migración de ciudades medias del estado de Jalisco hacia Estados Unidos", en Jesús Arroyo y David Lorey (comps.), *Ajustes y desajustes regionales. El caso de Jalisco a fines del sexenio salinista*, Universidad de Guadalajara/UCLA Program on México, Guadalajara, 1995, pp. 313-337

Trápaga Delfín, Yolanda, "La agricultura en Estados Unidos: más allá del libre comercio", en *Momento Económico*, Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM, México, noviembre-diciembre de 1992, pp. 21-24

Urquidí, Víctor L., "Pobreza rural y manejo sustentable: una perspectiva mexicana", *Federalismo y Desarrollo*, núm. 46, Banobras, México, 1994, pp. 10-16.

Velázquez Zárate, Enrique y Alejandro García, "El Barzón o los vientos que vinieron del norte", en *El Cotidiano*, núm. 61, Universidad Autónoma Metropolitana, México, marzo-abril de 1994